miento patriótico, según dirían, seguían colaborando con el dictador, aunque si renunciaban a sus vagas aspiraciones democráticas, se este modo pensaban: Cuando desapareciera el dictador podría asegurarse la trasmisión pacífica del poder a individuos ilustrados, capaces de dirigir al país sabia y civilmente, individuos como ellos mismos, por ejemplo.

Con estas ideas como modelo se forma de amanera espontánea la camarilla a la que el público apodaría de los científicos. Los científicos se enorgullecieron de que se les llamara así. Soberbios, bandidosillos y muy pagados de sí mismos se habían colocado muy por encima de la mayoría de los mexicanos en ilustración e inteligencia y no ocultaban el menosprecio que les inspiraban las burlas del resto de la sociedad. El caudillo de ellos era Romero Rubio; después de que murió éste, la jefatura de la camarilla pasó al secretario de Hacienda Limantour, el científico de más alta categoría; como una especie de subjefe quedó el oaxaqueño Rosendo Pineda, quien empezó a figurar como secretario privado de Romero Rubio y luego ascendió a subsecretario de gobernación encargado de manipular la cámara de senadores; otros científicos prominentes fueron los hermanos Pablo y Miguel Macedo.

Porfirio Díaz reconoció el valor que estos hombres tenían para la buena marcha de su administración y para premiar el reconocimiento patriótico los nombró abogados consultores de diversas secretarías, jefes de comisiones de estudios de proyectos de ley y sobre todo, en gestores de contratos para explotar las riquezas naturales o la construcción de obras públicas; casi todos se enriquecieron de manera escandalosa; las excepciones fueron Pineda, cuyas ambiciones no estaban orientadas hacia la riqueza, sino al poder y los escritores Sierra y Bulnes, quienes murieron siendo pobres de solemnidad porque el dinero nunca les interesó. Típica de las provechosas operaciones que idearon los científicos, fue la compra de los ferrocarriles. Hacia 1898 Limantour presentó un inteligente plan para ampliar la red ferroviaria, retrasarla de acuerdo con los intereses propios de México y no del mercado de exportación de las naciones dueñas de la red y procurar que las empresas pasaran a poder del gobierno mexicano; la conveniencia de estas medidas se encuentra fuera de discusión, cosa que no ocurriría con la manera en que fue revisado el plan. En 1908 se presentaron condiciones favorables para llevar a cabo la adquisición, pues la empresa que operaba el ferrocarril a Cd. Juárez estaba al borde de la quiebra y la de Laredo preveía malos tiempos para un futuro cercano, ambas, las más importantes para el país, estaban magnificamente dispuestas a vender sus acciones a buen precio; decidida la compra fue necesario adquirir fondos para cerrar la operación y con este fin el gobierno mexicano emitió bonos que se colocarían en los mercados de Europa.

Lo honesto habría sido que el gobierno vendiera directamente la emisión para ahorrarse el pago de intermediarios, pero Limantour la entregó al Banco Nacional, en cuyo consejo de Administración figuraban varios científicos para que la vendiera con un fantástico 10º/o de utilidad. Por otra parte en el momento que se llevó a cabo la compra de los ferrocarriles, las acciones se cotizaban a precio muy bajo, el gobierno pudo haberlas adquirido directamente en las bolsas de valores pero la operación fue concomendada a unas casas de corretajes, propiedad de un hermano de Limantour, quien además obtuvo un préstamo sin garantía para adquirir las acciones; luego el hermano las vendió al gobierno con fuertes recargos. Se calcula que en esta operación se defraudaron al gobierno 50 millones de pesos.

Díaz conoció todos los detalles de ests chanchullos, pero no se atrevió a deshacerlos; ignorante de todo lo que se refiere a finanzas pensaba que su secretario de Hacienda era un mago y se ponía feliz cuando le señalaba los superávit acumulados en las arcas nacionales: 65 millones de pesos en 1910, los cuales jamás debieron quedar improductivos, sino invertidos en promover el desarrollo del país, o por lo menos en reducir la deuda exterior de 440 millones de pesos que dejó el porfiriato; el mágico sistema limanturista se reducía a conseguir préstamos para hacer creer al dictador en el superávit. Aún con lo que tenía de engañosa la actitud de Limantour, resultaba infinitamente más útil que la desarrollada por todos los Secretarios de Hacienda anteriores a él. Semejante hazaña determinó que ya para 1896 se le comenzara a dar la calidad de presidenciable; las próximas elecciones se realizarían en 1900, para esas fechas Porfirio cumpliría 70 años y no era improbable que decidiese tomar un merecido descanso; en cambio Limantour estaría en la flor de los 46 años y el país entero aplaudiría que se premiase su brillante actuación instalándolo en la presidencia de la República; antes de que Díaz le hablara al respecto, Limantour se apresuró a jurar que él era ajeno a las murmuraciones y jamás cometería el crimen de aspirar a la primera magistratura, ya que se consideraba sólo un técnico anheloso de servir lealmente a Porfirio Díaz en la tarea de forjar un México de maravilla. Paralelamente, sin embargo, hizo propagar la versión de que llegado a la cúspide de su carrera no le quedaba más remedio que renunciar a su cargo y consagrarse al disfrute de su fortuna.

Díaz necesitaba mantener a Limantour en su gabinete tanto por su eficiencia como porque los inversionistas extranjeros habían llegado a ver en el secretario de Hacienda a su favorito. La garanía más sólida de sus intereses a medida que se acercaba el fin del siglo XIX era Limantour. Díaz informó a Limantour que se preparase para tomar a su cargo la presidencia, pues él se sentía cansado y necesitaba liberarse de la obligación de seguir conduciendo los destinos del país. Se trataba de una orden amistosa de una decisión convenientemente madurada que Limantour debía acatar en beneficio de la patria. Díaz manifestó que no preveía dificultades para que Limantour pudiera desempeñar convenientemente el cargo presidencial, excepto su falta de apoyo en el ejército. Para subsanar esto, había pensado en dejarle un buen secretario de guerra, por ejemplo el general Bernardo Reyes, jefe militar y gobernador de Nuevo León y cacique del noreste, quien además de ser ampliamente respetado por los soldados era un hombre de confianza absoluta.

Bernardo Reyes tenía 50 años de edad en 1900, era nativo de Guadalajara e hijo de un inmigrante nicaragüense y de una dama tapatía de condición modesta. Luchó en la guerra contra los franceses en el ejército de Ramón Corona y a los 28 años obtuvo el grado de coronel; aunque combatió a los rebeldes del Plan de Tuxtepec, Díaz lo perdonó para enviarlo a Sonora con el encargo de llevar a cabo diversas operaciones de pacificación; una vez demostrada su eficiencia en 1885 fue nombrado comandante militar de Nuevo León, lo que implicaba tener en jaque a los caciques Treviño y Naranjo, que para entonces todavía preocupaban a Díaz. Reves cumplió cabalmente con su cometido y en premio fue nombrado gobernador de N. L.; hombre excepcionalmente activo y que supo ganarse la simpatía de sus gobernados, Reyes hizo obras públicas notables y dio facilidades para que floreciera la industria, lo que determinó que bajo su imperio Monterrey dejara de ser un pueblucho de 15 mil habitantes, para convertirse en una ciudad de ochenta mil, que además obstentaba el título de centro industrial del país. Aconsejado por Díaz, viajó Limantour a Monterrey para hacerse amigo de Reyes. Este había tenido choques con Romero Rubio y Limantour había heredado la atención; en Monterrey los dos favoritos hicieron las pases.

El gobernador dio al secretario una recepción extraordinariamente cordial y los políticos dieron por hecho que el binomio Limantour Reyes empezaría a gobernar muy pronto el país; poco después Porfirio Díaz en persona hizo el viaje a Monterrey. Reyes le organizó una recepción delirante, le mostró los progresos de la ciudad y de su industria y en un concurrido banquete Díaz creó un segundo presidenciable muy útil para cuando llegara el momento de hacer uso de la fórmula: "Divide y vencerás" al declarar: "señor gobernador así se gobierna".

Por lo pronto Reyes fue trasladado a la capital de la República como Secretario de Guerra y Marina; en ese puesto adquirió proyección

nacional eliminando las corruptelas más burdas que se cometían en su dependencia y organizando las batidas militares que se dieron para aplastar las viejas rebeliones de los Yaquis y los Mayas; además despejó a los soldados y envió a una segunda reserva integrada por voluntarios de todas las clases sociales que complementaba al ejército profesional y permitía avisorar la liquidación del degradante reclutamiento por medio de levas. Pronto surgieron clamores de que Díaz entregase la presidencia a Reyes en vez de a Limantour; desde luego los militares apoyaban en bloque a Reyes y sentían instintiva desconfianza por el secretario de Hacienda.

Uno de los funcionarios civiles ajenos al carro completo, el maquiavélico Secretario de Justicia e Instrucción Pública Joaquín Baranda, enemigo de los científicos, proporcionó a Díaz el pretexto que necesitaba para renegar de su promesa. Baranda señaló que Limantour, por ser hijo de extranjero y no haber solicitado la ciudadanía mexicana sino hasta que alcanzó la mayoría de edad, estaba incapacitado para ascender a la presidencia, toda vez que un artículo de la Constitución de 1857 señalaba como requisito para obtener tal cargo el de ser mexicano por nacimiento. Díaz no ignoraba esto, pero también sabía que Comonfort, Lerdo de Tejada y Manuel González, hijos de extranjeros los tres, habían llegado a la presidencia sin que nadie objetara su origen; además con sólo expresar un deseo había podido conseguir que la Constitución se reformara en el sentido de librar de obstáculos legales a Limantour, pero siendo otro su designo se hizo reelegir sin previo aviso y para que Limantour no renunciara le aseguró que a fin de evitar polémicas estériles, en breve solicitaría al Congreso una licencia para ausentarse de México y que propondría como sustituto al secretario de Hacienda.

Limantour y Reyes, quienes hasta para entonces aparentaban ser muy amigos, acabaron enemistándose.

Limantour dió por recortar los presupuestos de la secretaría de guerra y vetar cuanta medía proponía el secretario. Reyes se convirtió en ídolo de las plebes urbanas que lo consideraban muy hombre y en cambio sentían aberción hacia los catrines como Limantour, abanderados de la vieja teoría de que el drama de México era producto de la población indígena y mestiza, lo cual trataban de remediar fomentando la emigración de europeos que mejoran la raza. El mismo Limantour dio pretexto para que la plebe lo rechazara cuando al organizar el 50. Congreso Panamericano en 1900 ordenó que sólo se contratase para mozos y conserjes a individuos con aspecto de europeos. De pronto Díaz advirtió el inconveniente de permitir que siguiera creciendo la

popularidad de Reyes; más aún, consideró llegado el momento de liquidar a los dos presidenciables de una vez y la pugna que libraban ambos le sirvió de maravilla; un día Limantour presentó al dictador pruebas de que Reyes dirigía personalmente la campaña de prensa contra él y ofreció presentar su renuncia si el ofensor permanecía en el gabinete. Díaz fingiéndose obligado por las circunstancias llamó al general a su despacho y le pidió su renuncia y le ordenó volver a la gubernatura de Nuevo León; por su parte Limantour permaneció en la Secretaría de Hacienda.

16.- EL PORFIRIATO.

Por pura casualidad, o quizá porque se propuso tomar una pequeña venganza, Limantour tuvo ocasión de meter a Díaz en otro aprieto político. En 1903 viajó a Europa a negociar otro empréstito y después de sondear al mundo financiero, como indicó el dictador, que la buena disposición que existía para prestar dinero a México ya había desaparecido pues a los banqueros les preocupaba el hecho de que Díaz hubiera rebasado los 70 años y carecía de un sucesor visible capaz de garantizar la paz y los intereses de los prestamistas; la inquietud por la sucesión distaba mucho de suscribirse en Europa; en México también abundaban los individuos que veían con pánico la posibilidad de que el país cayera nuevamente en la anarquía cuando falleciera el dictador; pero esos no importaban, lo urgente era callar los temores de la banca Europea; después de todo, señaló Limantour, México había sido un país turbulento y aunque era de esperar que la obra civilizadora del dictador se perpetuara, los banqueros tenían la obligación de proteger a quines les confiaban sus fondos y sólo se tranquilizarían si Díaz nombraba un vicepresidente capaz de sustituirlo cuando le llegara el momento de pasar a la inmortalidad.

Díaz había hecho suprimir la vicepresidencia desde su primera reelección por considerar que los vicepresidentes solo servían para dar zancadillas al primer magistrado, pero ante la exigencia de los banqueros comprendió que tenía que restablecerla; ya encontraría la manera de nulificar al vicepresidente, por lo pronto aprovecharía las nuevas circunstancias para suavizar la humillación inflingida a los científicos en la persona de Limantour para que se sintieran otra vez importantes y siguieran colaborando a gusto con el gobierno. Le encomendarían revivir la unión liberal y lanzar su candidatura a la reelección de los comicios de 1904. De acuerdo con los deseos del caudillo la segunda convención de la Unión Liberal se reunió en la Cd. de México en junio de 1903; los científicos estaban furiosos con Limantour por su falta de nervio; les repudiaba pensar que Díaz fuese substituido por otro general

y para dificultar este proceso decidieron emprender una decente y patrótica rebelión como la llamó Francisco Bulnes. A Bulnes le tocó pronunciar el discurso principal de la convención y tras un par de pálidos elogios para el dictador se soltó articulando frases que sacudieron a la nación: "es muy difícil sostener una sexta reelección ante un criterio institucional democrático, dijo, jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección, pero si se prueba que la sexta reelección es necesaria para el país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático, y buscar los argumentos de la reelección en el terreno de la conveniencia.

Desgraciadamente el principal argumento de la reelección recogida en el campo de las conveniencias aterra más bien que alienta, se dice al pueblo: la conservación del general Díaz en el poder es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y el progreso nacional. Nada más propio para acabar pronto que el crédito, para anunciar al orbe que después del general Díaz caeremos en el insodable abismo de miserias de donde hemos salido. Hay peor todavía; decitan que lamentan a esa nación todos los sacrificios han hecho, han sido para que tengas un rato de paz, un rato de crédito, un rato de bienestar, un rato de decencia mientras te vive el General Díaz pero tu destino es el del judío bíblico: errar de noche en noche, de cabo en cabo, de abismo en abismo, de dictadura en dictadura, de anarquía en anarquía, hasta caer desfalleciente, degradada y andrajosa no en las bayonetas por que los esclavos extenuados no saben pelear sino en las carmayolas repletas de sopa; cualquier conquistador, decirle a ese pueblo que responde con su Independencia de los millones de pesos que debe la reelección no es más que la bolsa de oxígeno de tu agonía, tu vida y tu civilización tiene que caer en la misma fosa que la vida humana del General Díaz; francamente señores nada más lúgubre que la reelección.

La reelección debe ser más que una cuestión de gratitud para un esforzado guerrero y colosal estadista, debe ser algo de nacional, y sé lo es nacional lo que tiene de porvenir si la obra del general Díaz tiene que perecer con él, no hay que recomendar la reelección, hay que recomendar el silencio como una escena siniestra, hay que proveerse de excepticismo y resignación para ver y saber que el destino de la patria está hecha, ya que es la ruina inevitable, la conquista sin defensa, que es la desaparición en la fosa común de los viles y los esclavos". Nadie presenció el gesto iracundo que Porfirio Díaz debe haber hecho al enterarse que los científicos, esa gentecilla útil pero no indispensable a quien él había rescatado de la miseria, le permitía reelegirse por sexta vez únicamente para que descartara su régimen personalista y encaminara al país por la senda institucional, pero ya verían que él y sólo él, ya encontraría la forma de resolver el problema de la sucesión; en cambio la vicepresidencia sí ha-